

LA IDENTIDAD COSTARRICENSE ANTE LOS DILEMAS DE LA MIGRACIÓN, DIVERSIDAD CULTURAL Y DESIGUALDAD SOCIOECONÓMICA

COSTA RICAN IDENTITY IN THE FACE OF THE DILEMMAS OF MIGRATION, CULTURAL DIVERSITY AND SOCIO-ECONOMIC INEQUALITY

Daniel Pacheco Hernández¹
zchardin@gmail.com

Fecha de recepción: 6 agosto 2012 - Fecha de aceptación: 6 diciembre 2012

Resumen

El presente escrito revisará varios análisis teóricos y prácticos en torno al tema de la identidad cultural nacional, en especial cuando esta identidad se relaciona con la población migrante, y cuando esta identidad se ve cuestionada por el problema de la desigualdad socioeconómica. Se revisará una propuesta nueva sobre este tema proveniente del funcionalismo y el materialismo cultural, para concluir con algunas reflexiones sobre la necesidad de concretar una epistemología propia para abarcar este y otros temas de importancia para las ciencias sociales.

Palabras clave: *Identidad cultural, migración, desigualdad socioeconómica, diversidad cultural.*

Abstract

The present writing will go through various theoretical and practical analyses of the national cultural identity issues, particularly in terms of this identity's relation to the migrant population, and when it is questioned by the problem of socio-economic inequality. A new proposal about this subject, which will be rooted from functionalism and cultural materialism, will be revised. Finally, this writing will conclude with some reflections on the need to define an own-Latin American epistemology that would include this and other relevant themes in the social sciences field.

Key words: *Cultural identity, migration, socio-economic inequality, cultural diversity.*

1 Escuela de Antropología, Universidad de Costa Rica/ Universidad Estatal a Distancia.

Introducción

Todos los pueblos de Costa Rica, ya sean rurales o urbanos, presentan en mayor o menor grado un complejo mosaico de elementos culturales provenientes de distintas tradiciones, regiones geográficas, edades y géneros. En todos ellos, se construye una identidad cultural específica que se relaciona con el gran mosaico de identidad nacional, y en los cuales se aportan elementos autóctonos que permiten a los sujetos afirmar que existe algún grado de identidad local; sin embargo, esta identidad se enfrenta a dos retos. Primero, la diversidad, surgida tanto de las diferentes personas y orígenes de costarricenses allí presentes, como de inmigrantes de otros países latinoamericanos. El segundo reto es la desigualdad social que se manifiesta en exclusión y marginalidad social.

En este ensayo, se planteará algunas preguntas y se ofrecerá algunas posibles respuestas en torno a la vivencia de la identidad cultural en Costa Rica, sobre la constitución del “yo” y la relación con el “otro” y la forma en que ese “otro” se instala en los nuevos y complejos contextos hasta convertirse en uno de “nosotros”.

Diferencias culturales y las desigualdades socioeconómicas

El contexto actual costarricense tiene una diversidad cultural innegable; además, presenta también muchas desigualdades socioeconómicas que afectan a grandes sectores de la población. Es necesario aclarar algunos conceptos para abarcar este problema.

El antropólogo García Canclini (2004) retoma dos conceptos similares y los ubica como un reto político. En primer lugar, está lo “multicultural” que implica la yuxtaposición y tolera la diversidad con relativismos, segregando a los diferentes; en segundo lugar, está lo “intercultural” que tiene una connotación de confrontación, entrelazamiento, negociación y conflicto. Esta diferenciación de conceptos va en la misma línea de la crítica de Díaz Polanco (2007), quien señala que la tendencia del multiculturalismo solamente acepta la diversidad cultural en su dimensión

simbólica o estética, pero impone una sola perspectiva económica y sociopolítica.

García Canclini (2004) intenta encontrar una nueva definición de cultura que responda a este problema de la multiculturalidad y lo intercultural. Para este autor, el punto de vista tradicional antropológico que busca comprender el punto de vista del nativo y la cultura como entidad o paquete de rasgos ya no es suficiente. Hoy, es necesario identificar diferencias, contrastes y comparaciones, o pensar la cultura como un vehículo o medio por el que la relación entre los grupos es llevada a cabo (García, 2004:20-21).

Entonces, nos encontramos que la diversidad cultural en un espacio puede definirse desde situaciones prácticas distintas: “multiculturalidad” puede referir principalmente a una convivencia de varias culturas en un espacio que puede llevar a la discriminación e imposición de una cultura sobre otra; mientras que “intenculturalidad” hace referencia negociación e intercambio, aunque pueden existir conflictos. Es posible afirmar que en la historia de América Latina reciente, ha primado la perspectiva multiculturalista, en la cual se reconoce en el discurso la presencia de múltiples culturas, como las tradiciones indígenas o afrocaribeñas, pero en la práctica existen procesos de discriminación contra estas culturas que conviven en el espacio con otra cultura, la cual se considera superior y puede ser llamada “blanca”, “ladina” o “europea”.

Existe otro concepto fundamental para la realidad social latinoamericana en la actualidad, la desigualdad socioeconómica, la cual puede ser señalado sin duda como uno de los más grandes retos políticos, económicos y sociales hoy. Esta desigualdad se refiere, desde una perspectiva social, a varios niveles operativos de los sujetos y la sociedad en general. El profesor Mora Salas (2005) enuncia varias de las dimensiones de la igualdad. En primer lugar, la igualdad ontológica, que se refiere a categorías morales, religiosas o inclusive marxistas del individuo. Luego, la igualdad de oportunidades se refiere al acceso a estructuras sociales que permitan el desarrollo libre del individuo, aquí es fundamental la educación. La igualdad de condiciones se refiere a la posibilidad de acceder a una estructura de posibilidades que la sociedad ofrece; tales como,

empleo, justicia y acceso a bienes y servicios. Por último, la igualdad de resultados, que garantiza que los habitantes obtengan los mismos resultados ante su esfuerzo una vez que llegan a ser ciudadanos maduros. Esto hace referencia primordialmente a la dimensión económica y política de la sociedad. Cuando estas condiciones deseadas de igualdad no se dan, se pueden identificar procesos de desigualdad en las sociedades:

Puede pensarse que la estructura de oportunidades de una sociedad involucra las tres grandes dimensiones sobre la que se conforma un orden social, a saber, el mercado, lo social y lo político... las acciones de equiparación por desarrollar han de tener lugar, simultáneamente, en estos tres ámbitos, tanto para garantizar una igualdad de oportunidades real entre los individuos, como para remover los factores sociales que impiden a estos partir de condiciones más o menos semejantes al inicio de la "competencia" (Mora Salas, 2005:24).

Tenemos entonces dos situaciones en nuestras sociedades latinoamericanas: por un lado, la diversidad y las diferencias culturales, que vienen a traer riqueza en el panorama social; y por otro lado, las desigualdades sociales y económicas, que vienen generar problemas y conflictos de muchas formas en nuestros países.

La identidad costarricense desde la diferenciación del otro y el migrante

En la construcción de discursos cotidianos sobre la identidad costarricense existe la tendencia de negar o disminuir esas diferencias y desigualdades. Incluso es posible afirmar que esta identidad se construye sobre la negación y la oposición a ese "otro" que contradice la supuesta homogeneidad identitaria de Costa Rica.

En primer lugar, es necesario buscar un concepto orientador de la palabra "identidad". En su estudio "Identidad en tiempos de globalización", la autora M. Cocco (2003) propone el siguiente concepto de identidad: es un "mecanismo" de auto localización, que se basa en: "Yo" y "Los otros" y los indicadores tangibles e intangibles que recorren esta relación. La identidad no es un listado de rasgos. Es una estrategia relacional, comparable al término latín "persona", que se refiere a las diferentes máscaras que usaba el actor.

Esta definición de identidad utilizada por esta autora parte de la teoría de Mijail Bajtín (citado por Alejos), según la cual, la identidad construye a partir del otro y sus diferencias. En la teoría bajtiniana, según José Alejos (2007): "se plantea la identidad del sujeto como un fenómeno dialógico, en el que el otro es parte constitutiva del ser. La identidad del sujeto se forma y transforma en un continuo diálogo entre el sí mismo y el otro." Desde esta perspectiva, lo fundamental para ser "yo" es la relación con el "otro":

Bajtín examina la intersubjetividad desde una perspectiva fenomenológica que parte de la concreta relación yo-otro... De entrada, el énfasis en el sujeto como un ente social pone en cuestión el concepto mismo de identidad, al introducir la categoría de la alteridad como parte constituyente del yo, como su antecedente obligado y referente necesario. Al sujeto se le concibe más allá del eje egocéntrico, para ubicarlo en la red de relaciones dialógicas que establece consigo mismo y con la alteridad (en realidad, con una multiplicidad de otros). El yo no puede comprenderse íntegramente sin la presencia del otro. La identidad pierde así su eje egocéntrico y monológico; se vuelve heteroglosa. Identidad y alteridad se entienden entonces como conceptos interdependientes, complementarios, de una naturaleza relacional y relativa (Alejos, 2007:49).

Desde el análisis que realiza Alejos García de la teoría de Bajtín, la identidad es un constructo basado en la relación del yo consigo mismo y con el otro, es un campo de lucha entre yo-para mí y yo-para el otro. La identidad social se ubica en la frontera o umbral entre yo y el otro. El autor considera que esta perspectiva es fundamental para considerar la interacción entre culturas; sobre todo, cuando se analizan culturas que sufren situaciones de exclusión, dominio, o destrucción, para iniciar un proceso de revalorización de lo propio, el establecimiento de diálogo justo y la liberación de situaciones de injusticia. "Considero esta propuesta teórica de especial valor para movimientos de reivindicación cultural que, como en el caso de los indígenas americanos, buscan el pleno reconocimiento de su existencia y de su derecho a una vida digna y próspera" (Alejos, 2007:59).

Todo lo anterior tiene mucho que ver con el problema de la construcción cotidiana de la identidad costarricense en relación con la migración de personas de muchos países vecinos. Para

efectos del presente estudio, se puede definir la migración, según Cocco (2003), como “una dinámica poblacional que colabora en la estructuración de las sociedades actuales y consecuentemente en la construcción de subjetividades e identidades colectivas.”

Cuando se da un proceso de construcción y consolidación de identidad cultural dentro de un territorio, estado o nación, suelen darse problemas relacionados con la presencia de migrantes extranjeros, donde se dan dos procesos aparentemente contradictorios. Por un lado, existen discursos y actitudes en torno a la identidad y la nacionalidad que hacen referencia a una innegable apertura y a situaciones híbridas, globalizadas y transnacionales. Por otro lado, se tiene una reacción opuesta, la cual se refiere a identidades absolutizadas, cerradas y esencialistas.

“El crecimiento y la intensificación de la interconexión global de procesos económicos, gente e ideas estén acompañados por un resurgimiento de la política de la diferenciación. Se está ante el crecimiento simultáneo de procesos globalizantes y la preeminencia de nacionalismos exclusivistas, cerrados y esencializados” (Cocco, 2003:10-13).

Se cree que en la práctica cotidiana se da una conjugación de las dos tendencias antes descritas. En el contexto actual de globalización y de transnacionalización es inevitable recibir influjos del “otro” que vienen a incorporarse en la construcción identitaria... son “adoptados” o “rechazados” dependiendo de la construcción particular que se haya hecho en torno a su “fuente” de procedencia. Al mismo tiempo, se observan procesos simultáneos de asimilación de patrones culturales de algunos “otros” y de rechazo hacia ciertos “otros”, al punto de llevar a prácticas xenófobas y racistas caracterizadas por un contenido de violencia (Cocco, 2003:15). Estos procesos contradictorios y complementarios favorecen la conformación de un pluralismo desigual: la sociedad acepta y asimila que existen grupos de “otros”, y estas “minorías” se diferencian claramente por su procedencia y por la creciente marginalización de su actividad económica. La exclusión y la marginación son, a su vez, construidas simbólicamente por ambos grupos, generando “respuestas interactivas”, tales como violencia, miedo y dependencia.

Es posible señalar un problema específico de la identidad costarricense: se ha construido una identidad “blanca occidental” que excluye todo lo que salga de este molde. “Surge un modelo de aspiración —la “blancura”, en su acepción más amplia—, resultando en un sistema de relaciones sociales donde el racismo las marca. El color (simbólico) se vuelve un elemento central en la relación con el “otro” (Cocco, 2003:21).

En la literatura sobre el tema de la identidad costarricense, es de especial interés el análisis de discurso hecho por A. Jiménez (2005) en su ensayo “El imposible país de los filósofos”, obra que tiene el mérito de recopilar muchas fuentes que tocan el tema de la identidad costarricense a largo del siglo XX. La tendencia dentro de la investigación crítica de este filósofo es recalcar la “falsedad” o “decoratividad” del discurso de la identidad costarricense que reduce el país a paisajes idílicos, y da pie a “narcisismos de las diferencias menores”, el cual permite agredir y discriminar a los que son muy similares a nosotros, bajo el argumento de que son radicalmente diferentes (Jiménez, 2005:21).

El filósofo acuña un concepto muy apropiado para referirse a esta identidad clásica costarricense: el “nacionalismo étnico metafísico” que se define como un proyecto político supuestamente socialdemócrata cuya principal función es diferenciar a Costa Rica de las demás repúblicas centroamericanas y exaltar su singularidad con base en ciertos rasgos vagos e imprecisos. Es posible mencionar algunos de estos conceptos identitarios inculcados desde la escuela a los costarricenses; por ejemplo, “alma nacional”, “ser costarricense”, o “esencia nacional”. Estos elementos son considerados como el resultado de una reflexión racional derivada de la aparentemente incuestionable homogeneidad étnica de la población, (Jiménez, 2005: 25-49)

El problema práctico es que la elaboración de estos imaginarios nacionales no ha fomentado el desarrollo de una Costa Rica decente y solidaria. Este discurso es fuertemente sostenido por parte de los políticos, a pesar que no parece surgir ningún procedimiento administrativo o decisión política relevante a partir de estas ideas bucólicas, las cuales carecen de historicidad y

suelen atribuirse un origen casi bio-genético (Jiménez, 2005: 54-55)

Este discurso se desarrolló y consolidó desde muy temprano en la época colonial por parte de las autoridades políticas, económicas y religiosas de entonces, y aparentemente fue asimilado rápidamente por la mayoría de los habitantes. Precisamente, los imaginarios liberales han querido inculcar que Costa Rica ha sido un lugar igualitario y democrático desde la colonia, a pesar que durante esta época y durante la consolidación de la República se dieron fuertes procesos de diferenciación y exclusión que es posible percibir aún en la actualidad. Es irónico que este discurso de igualdad y paz se desarrollara precisamente en momentos históricos en que la inmensa mayoría de la población vivía sumida en la pobreza. Entre 1948 y 1980, se fortalecieron las dos viejas ideas clave de paraíso tropical y Suiza centroamericana. La excepcionalidad de la tierra costarricense se percibe y divulga como un paraíso de democracia, justicia y paz, mientras que se establecen comparaciones respecto de otras naciones aledañas que sufren en ese mismo momento histórico de guerra y violencia. Estas metáforas poseen un fuerte componente cromático y sanitario, categorizando a los extraños culturales de forma peyorativa para violentarlos y excluirlos. En esta visión, el sistema político democrático se concibe como fruto natural de la homogeneidad racial de la población. Uno de los rasgos más inverosímiles de este discurso es la exaltación de la pobreza considerada como un rasgo identitario o como una virtud: para los nacionalistas étnico metafísicos, si todos son pobres, nadie es pobre, por eso la pobreza de los maestros y agricultores viene a ser buena y deseable (Jiménez, 2005:82-89).

Este discurso construyó determinadas fronteras étnicas, al desarrollarse solamente en el Valle Central, al ser que la mayoría de la población étnicamente diversa vivía en los márgenes geográficos del país. A los indígenas se le aplicó una estrategia de olvido histórico, ubicándolos lejos de la civilización blanca y volviéndolos parte de la naturaleza; y a los afrodescendientes, fuerza necesaria para el levantamiento del megaproyecto del ferrocarril, se les aisló junto con los chinos mediante estrategias migratorias y

sanitarias. Estas diferencias raciales justificarían posteriormente la diferenciación económica y el acceso a los derechos básicos de estas poblaciones (Jiménez, 2005 cap. IV).

Una paradoja interesante planteada por Jiménez es que son precisamente las grandes masas protagonistas del discurso costarricense metafísico (maestros, pequeños propietarios agricultores...) los que cuestionan las ideas sobre la identidad a mediados del siglo XX, al tomar conciencia que sus condiciones de vida no son las mejores y ante la ofensiva desigualdad respecto de las élites.

Se cree que en la actualidad es posible afirmar que el proceso de conformación de la identidad costarricense continúa basándose en ideas nacionales imaginadas tales como la diferencia del resto de Centroamérica, la homogeneidad cultural, la ascendencia europea, la democracia, el pacifismo y la igualdad. Para el antropólogo Camacho(1997), hoy el centro de identidad imaginada se ha desplazado desde España o París, y se ha ubicado en nuevas fuentes simbólicas de identidad; por ejemplo, Estados Unidos de Norteamérica. Esto es visible en la configuración social del espacio: "...el trayecto por el Área Metropolitana de San José implica una lectura de un espacio en el cual lo costarricense se encuentra ausente y Miami surge como la referencia simbólica más evidente" (Camacho, 1997:137).

La comunidad imaginada de costarricenses es un discurso que se reproduce desde los círculos oficiales de poder, hasta la más íntima realidad cotidiana en los hogares y las aulas de las escuelas, pasando por los medios de comunicación. Estas ideas suelen ser indiferentes a la evidencia estadística, genética y sociológica que demuestran las contradicciones del discurso identitario costarricense que se reconoce como blanco, pacífico, democrático y ecológico.

Al respecto de esta situación, la investigadora Carmen Murillo (2004) señala que las identidades culturales siempre poseen cierta cuota de etnocentrismo como recurso para su reconocimiento. Este centrismo cultural puede ser positivo, cuando los referentes identitarios son enaltecidos y se apoya el auto reconocimiento y

la autovaloración; o puede ser un etnocentrismo negativo, que genera situaciones históricas de dominación de los “otros” diferentes (Murillo, 2004:68). Esto hace más complejo el reto de la antropología y demás ciencias sociales latinoamericanas, pues no se puede pasar por alto que estos discursos identitarios son asumidos por miles de habitantes como propios, desde épocas tempranas de la socialización. Si se quiere promover cambios en la construcción de esta identidad excluyente, se debe iniciar acciones graduales y específicas desde la educación y las políticas públicas, tendientes a atenuar los problemas de desigualdad que afectan primordialmente a los “otros” culturales. Se cree que es posible afirmar que en Costa Rica se da un claro proceso de construcción de la identidad desde la oposición de los migrantes, primordialmente los migrantes latinoamericanos, y dentro de estos, principalmente, los nicaragüenses.

A lo largo de la historia de Costa Rica, muchos procesos migratorios han contribuido decisivamente para el desarrollo del país, pero inevitablemente han sido rechazados por la sociedad costarricense, y se estableció una clara división entre migración deseable (europeos y estadounidenses, blancos, inversores) y migración mala (trabajadores del resto de América Latina, África y Asia). Los proyectos colonizadores de los siglos XIX y XX, durante los cuales los gobernantes del territorio favorecieron con acciones oficiales la inmigración de grupos étnicos blancos “deseables”, (migración eugenésica) no tuvieron el efecto deseado; asimismo, se impuso la inmigración no deseada, que a la larga fue determinante para el desarrollo de grandes proyectos como la construcción del ferrocarril y la colonización de grandes territorios agrícolas (Alvarenga, 2008:17).

Carlos Sandoval (2002) analiza la identidad costarricense desde la oposición de un “otro” fundamental en la historia reciente de nuestro país: el migrante nicaragüense. Este es visto con miedo, como amenaza para la salud pública y el orden social. Para este autor, hablando desde el paradigma bajtiniano, la identidad costarricense se construye especialmente por la diferencia y oposición respecto de los nicaragüenses:

Las identidades nacionales son construidas simultáneamente con la representación de la otredad, la cual por lo común, es asociada con aquellos aspectos que no calzan en el sentido deseado de nacionalidad. Como se argumenta a lo largo de este proyecto, el sentido de diferencia es una poderosa forma de construir un sentido de comunidad (Sandoval, 2002:41).

Los nicaragüenses no sólo producen rechazo, sino que consolidan el temor ante la diferencia de la población costarricense:

Las representaciones hegemónicas de los costarricenses a cerca de los nicaragüenses incluyen temor, pero también deseo de controlarlos a través de políticas de inmigración o estigmatización... Los nicaragüenses han sido internalizados bajo el discurso de negación y disgusto. Estas categorías permanecen muy activas y son indispensables pues es a través de ellas que los auténticos costarricenses pueden ser identificados... El odio hacia los nicaragüenses constituye un síntoma de temor frente a la diferencia, la cual muestra aquellos aspectos que uno quiere ocultar en su propia cultura (Sandoval 2002:13).

En la percepción de los procesos históricos a lo largo del siglo XX, se consolidó la idea que mientras los costarricenses se manifestaban como un pueblo homogéneo en sus características de paz, libertad, democracia y blancura, los nicaragüenses se constituyeron exactamente en lo opuesto: crimen, guerra, radicalismo político y oscuridad de piel. (Sandoval, 2002:174). Hoy, cotidianamente, los medios de comunicación costarricenses suelen asociar términos como “inmigración” y “nicaragüenses” con enfermedad, conflictos fronterizos, crímenes, guerras y guerrillas del pasado (Sandoval, 2002:103).

Estudios recientes demuestran que esta percepción no tiene fundamento empírico alguno. Si bien muchos costarricenses opinan que los nicaragüenses y demás extranjeros consumen gran cantidad de recursos públicos y empleos, un análisis estadístico detallado demuestra que los inmigrantes consumen aproximadamente la mitad de los recursos de salud y educación que les correspondería de acuerdo con la población censada en el país; y que estos inmigrantes realizan trabajos en los cuales no existe suficiente mano de obra en Costa Rica. Una hipótesis que explica este fenómeno es que la mayoría de los inmigrantes nicaragüenses (y de otras nacionalidades) viene a Costa Rica en busca de empleo en

edades productivas y con una condición de salud buena, por lo que aportan mucho a instituciones como el INS y la CCSS. En todo caso, es necesario pensar las políticas públicas reconociendo que la salud, educación y empleo no tienen como factor primordial la nacionalidad, sino el respeto a los derechos humanos y el desarrollo equilibrado de todos los segmentos de población (Gatica 2008:113-144).

Recientemente, inmigrantes de otras nacionalidades de América Latina sufren los mismos estigmas que solían ser asignados primordialmente a los nicaragüenses. Basta con analizar la imagen promovida en los medios sobre determinados hechos delictivos en los que se involucran colombianos, dominicanos, jamaicanos, haitianos y mexicanos.

Las desigualdades, realidad ignorada que salta a la vista

El paisaje cotidiano de distintos lugares rurales y urbanos de Costa Rica ha cambiado lenta pero radicalmente. Los círculos de pobreza alrededor de la GAM, y los asentamientos precarios en muchas zonas rurales evidencian que el igualitarismo y la paz predicada en el discurso identitario costarricense étnico metafísico es la realidad cotidiana de millares de habitantes de nuestro país, y es posible afirmar que no existió jamás. La desigualdad socioeconómica parece ser una de bomba social que ha crecido poco a poco, y hoy está a punto de explotar. “La economía de Costa Rica ha perdido esa calidad de sustrato para la democracia más avanzada de Centroamérica. Ahora por una parte es una economía de ricos consumistas, y por otra, un país miserable” (García Morales, 2012). Mientras en unos espacios crecen los grandes edificios de lujo y los centros comerciales con productos costosos del primer, a pocos kilómetros o metros suele existir situaciones de miseria, marginalidad, exclusión, hambre y violencia. Esto sucede tanto en las zonas urbanas del Valle Central, como en distintas áreas cercanas a las costas.

Los indicadores más claros en torno al tema confirman esta tendencia hacia la desigualdad. El coeficiente Gini para nuestro país ha presentado un aumento escandaloso: pasó de

0,421 en 2008, para aumentar a 0,437 en 2009 y terminar en 0,508 en el 2010. Hoy, el ingreso se concentra cada vez más en manos de unos pocos: los hogares del 10% más rico de la población reciben un ingreso 19,2 veces mayor que el 10% más pobre. Los hogares del 10% más pobre de Costa Rica vieron caer sus ingresos en un -6,9%, mientras que los hogares más ricos vieron aumentar sus ingresos en un 11,6%. (Decimoséptimo Informe Estado de la Nación, 2011:233)

Este fenómeno llama la atención sobre los problemas del modelo de desarrollo de nuestro país en los últimos años, puesto que en la región latinoamericana la desigualdad se redujo considerablemente, y Costa Rica, que en el año 2005 ostentaba uno de los mejores coeficientes de desigualdad en la región (segundo lugar, solo superados por Uruguay), hoy es un país de media tabla, superado por países como Argentina, Jamaica y El Salvador. De hecho, en América Latina y el Caribe, solamente Costa Rica, Guatemala y República Dominicana vieron crecer la desigualdad (Soto Morales, *Ingreso se concentra en Costa Rica*. El Financiero 11/1/2012)

Esta situación de desigualdad es sufrida cotidianamente por poblaciones migrantes que se ubican en anillos de miseria de las zonas urbanas del valle central y en ciertas zonas rurales. Estos inmigrantes suelen ir en pos de una especie de pequeño “sueño urbano” de tener un terreno propio o un empleo mejor remunerado. Estos fenómenos se dan en un contexto de economía global capitalista que margina e integra selectivamente territorios y países enteros, donde las personas se deben desplazar de sus territorios originales para responder al mercado global de empleo, que busca zonas a nivel mundial con bajos salarios, bajas cargas tributarias, y reducción de costos de producción a través de la precariedad de los trabajadores en aquellas zonas donde se encuentran los mercados laborales receptores (Marín et al., 2001:12).

A pesar de estas difíciles condiciones que viven miles de personas en nuestro país y en América Latina, en estas zonas geográficas se entrelazan redes de supervivencia y solidaridad dentro de las cuales circulan productos como alimentos, medicamentos y otros bienes muebles, y servicios como cuidado de niños y hospedaje.

La solidaridad entre aquellos que comparten un problema sociocultural puede ser señalada como una forma de supervivencia en medio de las difíciles condiciones impuestas por una severa desigualdad socioeconómica. Las redes de solidaridad-supervivencia permiten mantener vivos elementos culturales e identitarios particulares, sin embargo, son clara expresión de la insuficiencia de recursos que sufren las familias. El proceso de migración ocasiona desarraigo y separación, al tiempo que se sufre estigmatización, marginalidad social y geográfica e informalidad laboral, lo cual produce una identidad cultural asociada directamente a múltiples factores desventajosos del desarrollo humano (Castro, 2004:104).

Una propuesta de análisis diferente: causas y relaciones antes que oposiciones y consecuencias

El antropólogo norteamericano A. Leeds (1994) ofrece una perspectiva diferente en su obra “*Cities, classes and social orders*”, siguiendo las corrientes del funcionalismo, ecología cultural y materialismo cultural. La perspectiva de este autor en cuanto al análisis de la identidad y las relaciones en zonas urbanas, prioriza el análisis de las relaciones y sus causas, antes que detenerse a pensar en las oposiciones y sus consecuencias.

La teoría de lo urbano de Leeds define nuevas categorías para lo urbano y lo rural. Éstas no se conciben como oposiciones, si no como complementos que representan diferentes tipos de especializaciones: especialización del espacio, especialización de instituciones y especialización tecnológica. Lo urbano es el lugar donde se concentran estas tres especializaciones; mientras que lo rural, o lo suburbano es aquella zona donde se responde o refuerza a una de estas tres especializaciones. Desde la perspectiva de este autor, lo importante es no oponer lo urbano y lo rural o suburbano como lugares de clases diferentes, si no como lugares con poblaciones que responden a diferentes especializaciones.

El análisis de Leeds señala un riesgo que padecen las investigaciones antropológicas latinoamericanas: aislar o separar las realidades urbanas o rurales, sin darse cuenta de la red de relaciones y de mutua necesidad que une cada

una de estas zonas. Esta perspectiva permite ampliar el análisis de relaciones culturales y de poder entre comunidades, poblaciones, zonas urbanas, etc. Se debe pensar los puntos nodales de relaciones (las cuales suelen ser desiguales) entre diferentes zonas geográficas y sus habitantes, y no pensar estas realidades como islas, ni pensarlas como oposiciones, si no como complemento. (Leeds, 1994:101)

Se tiene un claro cambio de perspectiva respecto de la teoría bajtiniana de la identidad. Para el autor norteamericano, la preocupación principal no es pensar cómo me construyo yo en oposición al otro, si no cómo las relaciones entre nosotros constituyen lo que es cada uno, sobre todo en materia de desigualdades, poder y posiciones ventajosas en la escala social. Esta forma de percibir el génesis de las relaciones permite analizar de nuevo las desigualdades sociales asociadas a determinados grupos culturales en nuestro contexto: ciertamente, muchos grupos étnicos y nacionales, y muchos grupos sociales en zonas suburbanas (que en ciertos lugares han sido llamados “anillos de pobreza”) responden a la necesidad de la especialización de la zona urbana de mano de obra poco calificada y barata, o para satisfacer empleos duros y mal pagados. Por otro lado, poblaciones urbanas costarricenses llenas de migrantes pauperizados como Los Guido, La Carpio, Sagrada Familia, Pavas o Purral, no están allí constituidos solamente como comunidad por oposición a *Otro* “costarricense”, “blanco”, “urbano”, “pacífico”, “trabajador” “pequeño propietario”. Los anillos de pobreza y las zonas rurales de Costa Rica se pueden definir y explicar por su relación desventajosa respecto de lo urbano donde hay gran cantidad de especializaciones, donde suelen haber mejores oportunidades de salud, empleo y educación. Es evidente que existen rasgos culturales “folclóricos” que definen cada uno de estos sitios (comidas, fiestas, música, elementos del lenguaje). No obstante, la perspectiva funcionalista y materialista cultural de Leeds nos permite pensar que lo prioritario en estos sitios es la gran desigualdad de acceso a bienestar proveniente de determinadas especializaciones urbanas, y la situación de subordinación y explotación que se encuentran muchas de estas regiones.

La perspectiva de Leeds también ofrece una posibilidad de respuesta ante dilemas de la identidad y las relaciones que suelen recorrer la vida cotidiana de Costa Rica y otros sitios de América. ¿Cómo es posible que los costarricenses (o los estadounidenses, o los europeos) tengan miedo, discriminen y se diferencien de los migrantes, cuando son estos los que limpian y construyen nuestras casas, cuidan nuestros hijos y cosechan nuestros alimentos? Es común escuchar entre los costarricenses y otros ciudadanos de países receptores, que los migrantes son necesarios por la especialización de los trabajos que ejecutan. De esta forma, la parte “funcional” de la inmigración es la prioridad a la hora de considerar la construcción de las nuevas identidades y la transmisión de elementos culturales. No responden estas relaciones desiguales solamente a la diferencia y al miedo, sino a la mutua necesidad de especializaciones, y a desiguales ejercicios del poder y la distribución de los recursos económicos.

Bajo esta perspectiva funcionalista de la migración y la identidad, se puede encontrar puntos en común con el planteamiento del autor Díaz Polanco (2007), quien denuncia que en las políticas de los gobiernos actuales liberales existe un discurso multiculturalista que tolera únicamente las diversidades y las diferencias culturales en su acepción “folclórica”, pero que anulan las condiciones objetivas para que estas culturas posean auténtico desarrollo económico y político: “la actual tolerancia del liberalismo multiculturalista puede admitir que cada cual sea diferente a su modo, pero sin que ello implique el derecho de ser otro: una otredad que pretenda alterar el pleno dominio liberal” (Díaz-Polanco, 2007:182).

Si bien Díaz Polanco escribe pensando en pueblos indígenas con tradiciones culturales milenarias, se cree que su teoría es fácilmente aplicable a las condiciones culturales de desigualdad, pobreza y diversidad cultural no asimilada de los anillos de pobreza de las grandes urbes actuales. Allí habitan poblaciones a las cuales no sólo se les niega su derecho a la diversidad, se les niega su derecho objetivo al desarrollo integral como seres humanos dignos. En este caso, el otro no se diferencia solamente por un acento distinto, por su piel más oscura, músicas

y comidas diferentes, si no que se le excluye por habitar zonas con baja cobertura sanitaria, educación y empleo. Al final, el resultado es el mismo: se les permite “existir”, pero las condiciones objetivas para hacerlo no están dadas, y por lo tanto su cultura e identidad corre grave riesgo de desaparecer, o a perder toda posibilidad de real autonomía. El antropólogo Díaz Polanco llama a estos procesos de homogenización forzosa y anulación de la diferencia: “etnofagia universal” del capitalismo global (Díaz 2007:189).

Reflexiones finales: atenuar las desigualdades para respetar las diferencias

El tema de las identidades y las culturas en América Latina es sólo uno de los factores a considerar ante los múltiples dilemas políticos, económicos y globales a los que nos enfrentamos como región. Sin embargo, es un tema clave para definir la dignidad, el camino y las opciones a seguir en los campos más delicados de las decisiones nacionales. La interculturalidad debe ser pensada como patrimonio, al valorar lo que se tiene en común en este contexto; los puntos en común no son sólo “folclóricos” o de espectáculo. Además de compartir un territorio un idioma y ciertas manifestaciones artísticas y alimentos, se comparten comunidades mercantiles, medios de comunicación, flujos migratorios, conflictos militares, causas y consecuencias de la violencia, etc. En el tema de las identidades y las relaciones culturales entre países en América Latina, es una actitud inocente y mezquina centrarse sólo en prejuicios, símbolos y folclore; es imprescindible pensar también los procesos económicos, la migración y la violencia que afecta a las poblaciones.

La imbricación de lo económico y simbólico: las diferencias y desigualdades económicas entre las clases son significativas en relación con las otras formas de poder simbólico, que contribuyen a la reproducción y diferenciación social. La clase económica puede imponerse en el plano económico y reproducir esa dominación, si al mismo tiempo logra hegemonizar el campo cultural. En *La reproducción* [Bourdieu] definió la formación social como “un sistema de relaciones

de fuerza y de sentido entre los grupos y clases” (García, 2004:59).

La nueva perspectiva no implica desechar del todo el análisis de las diferencias simbólicas, sino reconocer que, junto con estas, hay actitudes políticas, económicas y sociales que deben ser promovidas o denunciadas según sea el caso.

En estos procesos, la antropología latinoamericana tiene una ventaja respecto de las prácticas teóricas y metodológicas europeas y norteamericanas. Se tiene, aquí mismo, una gran diversidad cultural y grandes desigualdades que plantean problemas políticos y económicos con los que la antropología se ve obligada a lidiar. En América Latina (y muy posiblemente en otras latitudes como África, Asia, Oceanía), los antropólogos viven y asimilan cotidianamente realidades que en Europa siguen siendo consideradas extrañezas. En cierta ocasión, un profesor de antropología invitado desde Austria relató una visita a su ciudad natal luego de muchos años de no visitarla, y señaló que casi no la reconoció y sintió una gran nostalgia debido a los cambios culturales ocasionados por la gran cantidad de migrantes en la pequeña ciudad austriaca. El europeo describió como un “nuevo reto” para las ciencias sociales de su país asimilar los cambios ocasionados por la migración gitana y rural. En nuestro contexto, se tiene una continua historia de migraciones y cambios culturales, y varias décadas de producción académica respecto de estos problemas.

Esta realidad plantea la necesidad de forjar una epistemología nuestra, propia. Respecto a las particularidades y exigencias del trabajo etnográfico en Centroamérica, Guevara (2004) nos recuerda que aquí el “otro” siempre tiene una cercanía abrumadora en cuanto a historia y geografía (sea este otro indígena, migrante, afrocaribeño...), por lo que preocuparse por un segmento cultural de la población implica preocuparse por varios problemas de la nación como conjunto. Nuestra antropología siempre es contemporánea y siempre implica preguntarse “¿cómo somos nosotros?”, en lugar de preguntarse “¿cómo son los otros?”, pregunta clásica de la antropología europea del siglo pasado (Guevara, 2004: 201-228). De ahí surge la posibilidad y necesidad de tener una antropología que conozca,

valore y denuncie determinadas opciones políticas, económicas, legales, laborales del contexto actual con toda su complejidad. El reto es doble porque no sólo se debe atender a estas nuevas interrogantes planteadas por el contexto, sino que además se debe seguir respondiendo a preguntas “clásicas” de la antropología relacionadas con la diversidad cultural, las manifestaciones identitarias en momentos especiales como las fiestas, las manifestaciones cotidianas de cultura como alimentos, prácticas religiosas y particularidades lingüísticas, etc.

Las diferencias culturales deben ser respetadas, de modo que cada grupo decida si cambia, mantiene, fortalece o elimina sus elementos identitarios tradicionales. Lo que realmente es imperioso es atenuar las desigualdades socioeconómicas, laborales, educativas, sanitarias. El verdadero problema antropológico de fondo respecto de las culturas en zonas urbanas en Costa Rica no es la diversidad cultural, la cual es rica, innegable y versátil. El problema es que determinadas formas identitarias, ciertos grupos culturales y algunos grupos de migrantes sufren una innegable desigualdad que les impide defender su dignidad humana y dentro de ella su diversidad cultural.

Hoy, es necesaria una antropología, y las ciencias sociales en general, que no se limite a reconocer identidades-espectáculo que sólo surgen en momentos de fiesta, ni a rasgarse las vestiduras describiendo sin alterar problemática socioeconómicas. Se busca una ciencia social que vaya más allá de la descripción y más allá de la lucha política, que abarque la realidad de una comunidad desde los ojos y las problemáticas de sus propios habitantes. La diversidad cultural y las desigualdades económicas, laborales, sanitarias, geográficas y tantas otras dimensiones de problemas que se viven pueden motivar la unión de una comunidad en torno a intereses comunes y coordinar procesos de desarrollo integral a lo interno de los pueblos, como en el diálogo con instituciones estatales y privadas.

Para lograr esto, es necesario consolidar una epistemología nueva e integral. Una epistemología holística que abarque con honestidad y seriedad los problemas culturales, simbólicos, económicos, políticos, sanitarios, etc. Esto no significa abarcarlo todo sin orden o especificidad,

sino reconocer las prioridades, causas y consecuencias de las relaciones sociales en su justa dimensión. Esta epistemología latinoamericana ha dado ya algunos pasos en ideas como la investigación-acción participante y en filosofías como la teología de la liberación, pero es necesario retomar los aportes de estas corrientes dejadas de lado en las últimas décadas y potenciar un desarrollo teórico latinoamericano propio que responda a las nuevas necesidades locales y globales. Los nuevos métodos y epistemologías del siglo XXI con toda certeza no vendrán prefabricada de Europa o Norteamérica, sino que deben surgir del seno de nuestras realidades y experiencias.

Referencias bibliográficas

- Alvarenga Venútol, P. "La migración extranjera en la historia costarricense" En Sandoval, C. (Ed.) (2008) El mito roto. Inmigración y emigración en Costa Rica. UCR: San José.
- Alejos García, J. "Identidad y alteridad en Bajtín". En Acta poética 27. Primavera de 2006. Consultado 16-11-2009 Disponible en: <http://132.248.101.214/html-docs/acta-poetica/27-1/5-13.pdf>
- Camacho, C. (1997) "Miami en el corazón" En Murillo Chaverri, C. Antropología e identidades en Centroamérica. Colección Libros Laboratorio Etnología UCR: San José.
- Castro Mohs, Y. "Un día en La Carpio. Identidad de jóvenes nicaragienses que migran a Costa Rica." En Araya Jiménez, C. y Bolaños Arquín, M. (2004) Retos y perspectivas de la Antropología Social y la Arqueología en Costa Rica. UCR: San José. 103-110
- Cocco, M. (2003) "La identidad en tiempos de Globalización". En Cuadernos de Ciencias Sociales. FLACSO: San José.
- Díaz Polanco, H. (2007) Elogio de la diversidad. Globalización multiculturalismo y etnofagia. Siglo XXI : México D.F.
- García Canclini, N (2004) Diferentes, desiguales, desconectados. Gedisa: Barcelona.
- García Morales, F. "Salarios, precios, ganancias. Desigualdades económicas latinoamericanas" En: Globalización, Revista Mensual de Economía, Sociedad y Cultura. Publicado 29/5/2012. Disponible en <http://rci.net/globalizacion/fg003.htm>
- Gatica López, G. "Migración nicaragüense a Costa Rica y políticas públicas" En Sandoval, C. (Ed.) (2008) El mito roto. Inmigración y emigración en Costa Rica. UCR: San José. Págs. 113-144
- Guevara Berguer, M. "Por una epistemología nuestra. Política y antropología desde los bribris" En Anales de antropología. Instituto de Investigaciones Antropológicas UNAM: México D.F. Vol. 38, 2004. 201-228
- Jiménez Matarrita, A. (2005) El imposible país de los filósofos. UCR: San José.
- Leeds, A (1994) Cities, classes and social orders. Cornell U Press: New York.
- Marín Herrera, M; Monge Cordero, A y Olivares Ferreto, E. "Tejedores de supervivencia. Redes de solidaridad de familias nicaragüenses en Costa Rica: el caso de La Carpio" En: Cuadernos de Ciencias Sociales. FLACSO. No. 118, enero 2001.
- Mora Salas, M. "Desigualdad social: ¿nuevos enfoques, viejos dilemas? En: Cuaderno de ciencias sociales. FLACSO. No. 131, Febrero de 2005.
- Murillo Chaverri, C. "De culturas, identidades y otros menesteres" En Araya Jiménez y Bolaños Arquín (2004) Retos y perspectivas de la Antropología Social y la Arqueología en Costa Rica. Editorial UCR: San José.
- Programa Estado de la Nación (2011) Decimoseptimo Informe Estado de la Nación en Desarrollo Humano Sostenible. San José: Programa Estado de la Nación. Consultado 5/6/2011 Disponible en: <http://www.estadonacion.or.cr/index.php/biblioteca-virtual/costa-rica/estado-de-la-nacion/sinopsis/informe-xvii>
- Sandoval García, C. (2002) Los otros amenazantes. Ed. UCR: San José.
- Soto Morales, E. "Ingreso se concentra en Costa Rica" En: El financiero. 11/1/2012. Consultado 5-6-2012. Disponible en: http://www.elfinancierocr.com/ef_archivo/2012/enero/15/economia3024987.html

